

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

VIAJE

A LOS

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Y AL

ORIENTE

POR

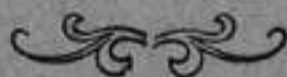
ADOLFO BONILLA Y SAN MARTÍN

CON UN PRÓLOGO

DE

JULIO PUYOL

Académico de número



MADRID

IMPRENTA VIUDA E HIJOS DE JAIME RATÉS

Costanilla de San Pedro, núm. 6.

1926

II

LA CHINA: Imposibilidad de llegar a Pekín. — Sangay: los cementerios chinos; la población china y la aglomeración en las ciudades; una horrible crueldad; animadversión a los extranjeros; desorganización del pueblo chino.

Al salir del Japón, me acometió una enfermedad bastante grave que me impidió viajar con las comodidades y en las condiciones que hasta allí. No obstante, continué con rumbo a China y visité dos poblaciones importantes: Sangay y Hong-Kong. No me fué posible realizar mis deseos de conocer Pekín, ciudad cuya mayor parte es antiquísima, mientras que Sangay y Hong-Kong son poblaciones realmente inglesas y modernas, salvo la ciudad indígena, empotrada, por decirlo así, en la europea. La causa de que no me decidiese a ir a Pekín fué la siguiente. Visité a un famoso general, cuyo nombre ha sonado estos días en los periódicos con motivo de la guerra en China, para pedirle un pasaporte o salvoconducto que me diera la garantía de llegar desde Sangay a dicha ciu-

dad; recibíome el general atentamente, y después de las largas ceremonias preliminares, que consisten en que un criado (que era un soldado en este caso), sirva aquel té maravilloso de que aquí no tenemos la menor idea; en beberlo haciendo las reverencias de ritual, y en no pronunciar, mientras se ingiere, ni una sola palabra acerca del objeto de la visita, expúsele, por fin, mi deseo. Me contestó que, tratándose de un profesor español, estaba dispuesto a servirme, a darme el salvoconducto y a poner a mis órdenes a dos soldados que me acompañasen; pero que me advertía que el que necesitaría el salvoconducto, y no dos, sino muchos más soldados para ir a Pekín, sería él, si tuviera la mala ocurrencia de emprender el viaje; en vista de lo cual, y como no me cabía duda de la sinceridad de sus palabras, despedíme de él y renuncié definitivamente a mi propósito.

En Sangay y en sus proximidades vi cosas curiosísimas, aunque sus detalles no los tengo presentes en este momento; recuerdo, sin embargo, el aspecto uniforme de los enterramientos chinos, extraño para los europeos y americanos, cuyos cementerios producen impresión desagradable por la diferencia entre las sepulturas según la posición social que haya tenido el difunto, mientras que en los chinos es igual la del rico que la del pobre,

con piedras de la misma forma, del mismo tamaño y con la misma inscripción.

No menos curiosa es la ciudad china de Sangay, pues en ella se ve hasta qué punto viven allí las personas amontonadas, causa de que las epidemias se desarrollen de un modo imponente y de que las muertes ocurran a millares. Pero es tan enorme la población china, que uno de los escritores americanos que han recorrido el Norte y el Nordeste del inmenso Estado, dice que no hay idea del número de millones de sus pobladores, y que el afirmar que son 400 o 500, es incurrir en grande error, porque la India, que es enorme, pero que no llega a la mitad de la China, tiene, según cálculo de los ingleses, más de 300 millones de habitantes, y el número de chinos es, en proporción, muchísimo mayor, teniendo en cuenta lo prolífico de la raza. Quizá sea éste el motivo del descuido y aun de la crueldad que la gente del pueblo tiene con relación a sus hijos; demuéstrela el siguiente caso: iba yo acompañado de un yanqui, médico del barco en el que había hecho el viaje, por una calle estrecha, ocupada toda ella por tiendas y, especialmente, por fabricantes de fichas para el juego del *mah-jongg*, ahora tan de moda; contemplaba la minuciosidad y delicadeza de aquel trabajo, que hacen sobre el mostrador, enci-

ma del cual se sienta el dueño, circunstancia que trajo a mi memoria pasajes de las *Mil y una noches*, libro en el que tan frecuentes son los recuerdos de Persia y de la India; estando en esto, vimos en el arroyo cenagoso que corría por entre las dos filas de tiendas, el cuerpo de un niño sumido en el agua hasta la mitad, con la boca, los ojos y las narices cubiertos de moscas, al que, por mi poca vista, hubiera yo pisado, de no advertírmelo mi acompañante. Yo le dije entonces: «¡Si esto es una criatura que está muerta!» A lo cual me contestó el médico: «Sí lo es; sabe usted que los chinos no se cuidan de los niños, y que si los estorban, los tiran en cualquiera parte; sobre todo, si son hijas que están enfermas, cuando el médico asegura que no llegarán al día siguiente, las cogen por una pierna y las arrojan por la ventana.» Yo quise cerciorarme de si el niño vivía, y cuando mi compañero, después de ponerle la mano en el corazón, me contestó afirmativamente, le pregunté qué es lo que hacíamos, a lo cual él me respondió que sería peligroso hacer nada, porque, probablemente, los padres nos estarían mirando, y que lo más prudente era no intervenir en aquel asunto. En vista de ello, seguimos adelante dejando en el arroyo a aquella criatura.

Indudable es también que hay grande ani-

madversión a los extranjeros, no ya en las regiones del interior, que están inexploradas, sino hasta en las ciudades en las que ha entrado la civilización llevada por los ingleses, que aún conservan viva la hostilidad al europeo.

Los policías no son muy numerosos, pero, en cambio, todos van armados con rifle, arma que, con mucha frecuencia, disparan contra los chinos echándolos al otro mundo, sin dar al hecho importancia alguna. En cierto modo, se comprende que así ocurra, cuando se ve que en cuanto se detiene un europeo en cualquier parte, y especialmente si se acerca a un mostrador con intención de comprar alguna cosa, no pasa un segundo sin que se le coloquen detrás seis o siete chinos, ni un minuto sin que, por arte de encantamiento, aquellos seis o siete se conviertan en ciento o doscientos, de tal modo, que le es imposible salir de allí sin valerse de un arma o sin que venga en su auxilio la policía, porque de otra manera se expone a que le dejen en cueros. A un compañero de pasaje, también médico, y a mí, nos ocurrió en una ocasión que habiendo entrado en una tienda a comprar una piedra de jade, cuyo valor es superior al del brillante, nos dimos cuenta de que se trataba de una imitación, y, por tanto, no sostuvimos el precio que por ella habíamos ofrecido creyendo-

la legítima; el chino entonces se enfadó y comenzó a gritar, y en menos tiempo del que se dice nos vimos completamente envueltos por los chinos. Todavía no sé cómo logramos salir de entre aquella gente.

Curiosos son los establecimientos que, al modo de nuestros cafés, hay para tomar el té en esas ciudades, y más aún los templos, muchos de ellos construídos con maderas que, como todos los demás materiales, han sido transportados del interior y pertenecieron a otros templos antiquísimos.

Yo saqué la impresión de que el pueblo chino está completamente desorganizado y de que positivamente no existe allí quien tenga autoridad, no ya sobre toda la China, pero ni aun sobre aquellos territorios que constituían las antiguas provincias. Hay tan grande anarquía, que no se comprende cómo nadie se arriesgue a trasladarse a 20 kilómetros de su residencia sin exponerse a perder la vida, pues son muchos los peligros que se corren en los viajes. Así y todo, yo me decidí a ir a algunos pueblos próximos a Sangay para ver edificios antiguos, templos, pagodas, etcétera, de los cuales pude obtener fotografías; pero no tuve ocasión ni oportunidad de examinar a fondo el carácter del pueblo chino, porque los puntos que recorrí, excepción hecha de Sangay, eran pueblos en los que el

inglés ha dominado y domina de modo absoluto. No quiere decir esto que no existan allí elementos importantes de otras naciones, como Francia y como España, que está representada por las órdenes religiosas, cual sucede en Hong-Kong, en donde los franciscanos españoles viven en un palacio que compraron a un chino rico, y en el cual han establecido una magnífica residencia.

III

LA INDIA: De China a la India; Ceilán; excursión nocturna de Colombo a Kandy: un rebaño de elefantes y una plaga de mosquitos. — Las aduanas de la India. — Situación comprometida de Inglaterra en aquel país — De Madrás a Bombay; un mono blanco. — Bombay; la India o «El País de los Cuervos». — La cremación de cadáveres. — Las castas de la India; el cementerio de Malabar. — Grave movimiento contra Inglaterra. — Las cuevas de Elefanta. — Regreso a Europa.

Desde Sangay, cruzando el mar de la China y el Archipiélago malayo, llegamos a Singapooore, costeamos la isla de Sumatra y con ello comencé a entrar en la atmósfera de la India, y a ver gentes de otra raza y de otras costumbres. Dejé el barco americano en Ceilán, tierra que me produjo un efecto maravilloso, pues no vacilo en decir que llamó mi atención más que todo lo que después vi en el Oriente. Recordaré siempre una expedición nocturna que hice desde Colombo a Kandy, la antigua capital, atravesando por bosques de árboles de la canela, de cocoteros y de bananas y por campos de flora inte-